

PRT

PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES/AS

BURO EJECUTIVO DE LA IV INTERNACIONAL

Ernest Mandel* y el ecosocialismo

Michael Löwy **

La preocupación por el medio ambiente aparece con fuerza en los escritos de Mandel sólo a partir de la década de 1970. Apenas aparece, por ejemplo, en el Tratado de economía marxista (1962). Es cierto que ya encontramos, en este trabajo "inaugural", la idea de "detener el crecimiento" en el socialismo: "Cuando la sociedad tenga un parque de máquinas automáticas lo suficientemente grande para cubrir todos sus necesidades actuales (...) es probable que el «crecimiento económico» se ralentice o incluso se detenga temporalmente. Nacerá el hombre completamente libre de todas las preocupaciones materiales y económicas".(1)

Las ideas ecológicas de Ernest Mandel

Por tanto, a partir de 1971-72, tras la aparición de los primeros movimientos ecológicos y tras la lectura de los trabajos pioneros de Elmar Altvater, Harry Rothman y Barry Commoner, empezará a integrar la dimensión ecológica en sus reflexiones. Así, en la Tercera Edad del Capitalismo (1972) se trata de la "amenaza creciente que la tecnología contemporánea, por su instrumentalización capitalista, plantea al medio ambiente" y, en consecuencia, a "la supervivencia de la humanidad". Pero este no es un tema central en el libro: son solo algunas referencias aquí y allá, sin que el tema sea tratado de manera sistemática(2). Por tanto, parecería que fue el Informe del "Club de Roma" (Informe Meadows, apoyado por Sicco Mansholt) el que estimuló en Mandel el inicio de una reflexión más sostenida sobre el tema del medio ambiente: este será el tema del artículo "Dialéctica del crecimiento" de noviembre de 1972, posteriormente publicado en alemán con el título "Marx, Engels y la ecología". Teniendo en cuenta lo que escribió en el Tratado para detener el crecimiento económico en el socialismo, es curioso que su reacción al informe Meadows sea tan negativa, hasta el punto de que caracteriza a los autores como "doctrinaire du capitalism". dispuesto a sacrificarlo todo, incluso el nivel de vida que todavía hoy se considera sagrado, "siempre que se

salvaguarden la propiedad privada y el beneficio". Sin embargo, reconoce el mérito de recordarles la existencia de "recursos naturales limitados" que hacen imposible generalizar la forma de vida de la clase media en Estados Unidos al mundo.

Tras recordar que para Marx el crecimiento económico el desarrollo de las fuerzas productivas no era un fin en sí mismo, sino simplemente un medio de emancipación humana, Mandel cita un pasaje importante de la Ideología alemana (1846) sobre la transformación, en el capitalismo, de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas. Este potencial destructivo del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas resulta de la propia lógica de la economía de mercado basada en la búsqueda del beneficio: "si hemos elegido ciertas técnicas en lugar de otras, sin tener en cuenta los efectos en términos de equilibrio ecológico, se basa en cálculos de la rentabilidad privada de ciertas empresas..."(3) En ciertos pasajes, Mandel parece creer en una neutralidad de la tecnología moderna: "simplemente no es cierto que la técnica industrial moderna tiende inevitablemente a destruir el equilibrio ecológico". Pero luego reconoce que la tecnología actual, la tecnología industrial moderna realmente existente _por ejemplo la impuesta por empresas químicas como Monsanto_ es peligrosa y dañina. Simplemente insiste en que esta orientación técnica no es la única posible: en una perspectiva socialista daríamos "prioridad al desarrollo de otra tecnología, dirigida íntegramente al desarrollo armónico del individuo y la conservación de los recursos naturales y no hacia la maximización de los beneficios privados". La solución, por tanto, no es imponer escasez, ascetismo, la drástica reducción del nivel de vida _como proponen los expertos del MIT en su informe al Club de Roma_, sino planificar el crecimiento, presentándolo a "una serie de prioridades claramente establecidas, que escapen por completo a los imperativos del lucro privado". La opción del "crecimiento cero", especialmente en los países subdesarrollados, es inaceptable. La alternativa socialista que ofrece Mandel es transformar radicalmente las estructuras económicas y sociales, creando así las condiciones para el restablecimiento del equilibrio ecológico. En una sociedad socialista se dará prioridad a la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos y a la búsqueda de nuevas tecnologías que repongan las reservas de los escasos recursos naturales. La calidad de vida, el tiempo libre, la riqueza de las relaciones sociales, serán mucho más importantes que "el aumento de la renta nacional bruta"(4).

Posteriormente, esta problemática estará muy presente en los escritos de Ernest Mandel: por ejemplo, en el manifiesto Socialismo o Barbarie en los umbrales del siglo XXI de la IV Internacional (1993), hay una sección dedicada a la relación entre socialismo y ecología. El autor reconoce las debilidades del movimiento obrero en esta área, el flagrante fracaso de las sociedades burocráticas poscapitalistas y la deuda de los marxistas con los ambientalistas. Pero sigue rumbo a la alternativa socialista: "una lucha eficaz contra la contaminación, una defensa sistemática del medio ambiente, una búsqueda constante de sustitutos de los escasos recursos naturales, una estricta

economía en el uso de estos, por lo tanto, exige que las decisiones de inversión y la elección de técnicas de producción sean arrancadas de los intereses privados y transferidas a la comunidad que las opera democráticamente "(5). El énfasis en los "recursos naturales escasos" - ya presente en el artículo de 1972 - es una limitación obvia: el interés ecológico va mucho más allá de este aspecto económico.

¿"Apropiación" o subversión del aparato productivo?

Si la opción socialista de Mandel me sigue pareciendo relevante, me parece necesario dar unos pasos más, tanto en la crítica de la herencia marxista como en la radicalidad de la ruptura con el paradigma tecno-productivo existente. Debemos integrar los logros de la ecología en el corazón mismo del enfoque socialista: en otras palabras, apuntar a una alternativa ecosocialista.

Un cierto marxismo clásico _utilizando algunos pasajes de Marx y Engels_ parte de la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción, y define la revolución social como la supresión de las relaciones capitalistas de producción, que se han convertido en un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas. Esta concepción parece considerar el aparato productivo como "neutral" y su desarrollo como ilimitado. Desde esta perspectiva, la transformación socialista consistiría sobre todo en la apropiación social de las fuerzas productivas creadas por la civilización capitalista y su puesta al servicio de los trabajadores. Para citar un pasaje del Anti-Dühring de Engels, esta obra canónica para generaciones de socialistas: en el socialismo "la sociedad toma posesión abiertamente y sin rodeos de las fuerzas productivas que se han vuelto demasiado grandes para cualquier otra dirección que la propia."(6)

Esta perspectiva debe ser criticada, desde un punto de vista ecosocialista, inspirándose en las declaraciones de Marx sobre la Comuna de París: los trabajadores no pueden apoderarse del aparato estatal capitalista y ponerlo en funcionamiento a su servicio. Deben "romperlo" y reemplazarlo por otro, de naturaleza totalmente distinta, una forma de poder político no estatal y democrático.

Lo mismo ocurre, mutatis mutandis, para el aparato productivo capitalista "realmente existente": por su naturaleza y estructura, no es neutral, sino que está al servicio de la acumulación de capital y la expansión ilimitada del mercado. Está en contradicción con los requisitos de protección del medio ambiente y la salud de la fuerza de trabajo. Por su funcionamiento y su lógica, sólo puede agravar la contaminación, la destrucción de la diversidad biológica, la supresión de los bosques, la catastrófica alteración del clima. Por tanto, hay que "revolucionarlo" transformando radicalmente su estructura. Esto puede significar, para determinadas ramas de la producción _como las centrales nucleares_ por ejemplo, "romperlo". En todo caso, las propias fuerzas

productivas deben ser profundamente modificadas, según criterios sociales y ecológicos. Esto significa, en primer lugar, una revolución energética, la sustitución de las energías no renovables responsables de la contaminación y el envenenamiento ambiental _carbón, petróleo y nuclear_ por energías "blandas" y renovables: agua, viento, sol.

Pero es todo el modo de producción y consumo _basado, por ejemplo, en el automóvil privado y otros productos similares_ el que debe transformarse, junto con la abolición de las relaciones capitalistas de producción y el comienzo de una transición al socialismo. Ni que decir tiene que cada transformación del sistema productivo o del transporte _sustitución progresiva de la carretera por el tren_ debe hacerse con la garantía del pleno empleo de la fuerza de trabajo.

¿Cuál será el futuro de las fuerzas productivas en esta transición al socialismo, un proceso histórico que no se puede contar en meses o años? Dos escuelas chocan en lo que se podría llamar la izquierda ecológica:

La escuela optimista, según la cual, gracias al progreso tecnológico y las energías suaves, el desarrollo de las fuerzas productivas socialistas puede experimentar una expansión ilimitada, encaminada a satisfacer "cada uno según sus necesidades". Esta escuela no tiene en cuenta los límites naturales del planeta y acaba reproduciendo _bajo la etiqueta de "desarrollo sostenible"_ el viejo modelo socialista.

La escuela pesimista, que, partiendo de estos límites naturales, considera que es necesario limitar, de manera drástica, el crecimiento demográfico y el nivel de vida de las poblaciones. El consumo energético debe reducirse a la mitad, a costa de no tener viviendas unifamiliares, calefacción, etc. Como estas medidas son muy impopulares, esta escuela a veces acaricia el sueño de una "dictadura ecológica ilustrada".

Me parece que estas dos escuelas comparten una concepción puramente cuantitativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera posición, que me parece más adecuada _hacia la que parecía tender Mandel_ cuya hipótesis principal es el cambio cualitativo del desarrollo: acabar con el monstruoso derroche de recursos del capitalismo, basado en la producción, a gran escala, productos inútiles o nocivos: la industria armamentística es un ejemplo evidente. Por tanto, se trata de orientar la producción hacia la satisfacción de necesidades genuinas, comenzando por las que Mandel llamó "bíblicas": agua, comida, vestido, refugio.

¿Cómo podemos distinguir las necesidades genuinas de las artificiales y ficticias? Estos son inducidos por el sistema de manipulación mental llamado

"publicidad". Indispensable para el funcionamiento del mercado capitalista, la "publicidad" está condenada a desaparecer en una sociedad en transición al socialismo, para ser reemplazada por la información proporcionada por las asociaciones de consumidores. El criterio para distinguir una necesidad genuina de una artificial es su persistencia después de la eliminación de la publicidad.

El automóvil particular, en cambio, responde a una necesidad real, pero en un proyecto ecosocialista, basado en la abundancia de transporte público gratuito, tendrá un papel mucho menor que en la sociedad burguesa, donde se ha convertido en un fetiche del comercio, signo de prestigio y centro de la vida social, cultural, deportiva y erótica de las personas.

Ciertamente, los pesimistas responderán, pero los individuos se mueven por deseos y aspiraciones sin fin, que deben ser controlados y reprimidos. Ahora bien, el ecosocialismo se basa en una apuesta, que ya era la de Marx y en la que Mandel insistía a menudo: el predominio, en una sociedad sin clases, del "ser" sobre el "tener", es decir, la realización personal, a través de actividades culturales, recreativas, eróticas, deportivas, artísticas, políticas, más que el deseo de una acumulación infinita de bienes y productos. Este último es inducido por la ideología y la publicidad burguesas y no hay indicios de que constituya la "naturaleza humana eterna".

Esto no significa que no haya conflictos, entre las demandas de protección ambiental y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y las necesidades del desarrollo, especialmente en los países pobres. Depende de la democracia socialista, liberada de los imperativos del capital y del "mercado", resolver estas contradicciones.

Tomado de Inprecor.fr N° 676 juillet 2020

<http://www.inprecor.fr/~1514846f597b9fd29cf7ef8a~/article-Ernest-Mandel-et-l%E2%80%99C3%A9cosocialisme?id=2370>

Notas

1. E. Mandel, Tratado de Economía Marxista (1962), UGE 18/10, París 1969, tomo IV, págs. 185-186.
2. E. Mandel, La tercera edad del capitalismo (1972), Les Éditions de la Passion, París 1997, págs. 400, 459.
3. E. Mandel, "Dialéctica del crecimiento", mayo n° 26, noviembre-diciembre de 1972, p.11.
4. Ibíd. Páginas. 12-14.
5. Socialismo o barbarie en los umbrales del siglo XXI, suplemento de Inprecor, julio de 1993, p. 14-15.

6. F. Engels, Anthi-Dühring, Éditions Sociales, París 1950, Pag. 318.

* Ernest Mandel (Fráncfort del Meno, Alemania 05/04/1923-Bruselas 20/07/1995)
Fue economista, historiador y político, sus padres fueron Henry y Rosa Mandel, emigrantes judíos y comunistas. Henry fue miembro fundador de la Liga Espartaquista de Rosa Luxemburgo y Karl Liébknecht. Ernest ingresó en Bélgica, a la Cuarta Internacional en 1939. Durante la II Guerra Mundial fue capturado dos veces por resistencia política y llevado al campo de concentración Dora. Después del Congreso de la IV Internacional en 1946 fue elegido miembro del Secretariado Internacional. En 1963 fomentó la reunificación con tendencias trotskistas formando el Secretariado Unificado de la IV Internacional. Hasta su muerte en 1995, Mandel seguía siendo el más destacado dirigente y teórico de la IV Internacional y de su sección belga, el Partido Obrero Socialista. En total, publicó alrededor de 2000 artículos y alrededor de 30 libros durante su vida. Fueron traducidos a varios idiomas: Tratado de Economía Marxista, Las Ondas Largas de Desarrollo capitalista: una interpretación Marxista, etc.

** Micheal Löwy, activista de la IV Internacional, es un sociólogo y filósofo ecosocialista. Nacido en 1938 en São Paulo (Brasil), vive en París desde 1969. Director de investigación (emérito) del CNRS y docente de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, es autor de numerosos libros publicados en veintinueve idiomas entre los que se encuentran: el Pensamiento del Che Guevara, un humanismo revolucionario, París 1970, Maspero y París 1997, Syllepse; La teoría de la revolución en el joven Marx, París 1970, Maspero; Paisajes de la verdad - Introducción a una sociología crítica del conocimiento, París 1975, Anthropos; La política del desarrollo desigual y combinado, La teoría de la revolución permanente (las políticas del desarrollo desigual y combinado, la teoría de la revolución permanente), Londres 1981, Verso; ¿Patria o Planeta? Nacionalismos e internacionalismos desde Marx hasta la actualidad, Lausana 1997, Éditions Página 2; Walter Benjamin: Advertencia de incendio. Lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia", París 2001, Presses Universitaires de France; Franz Kafka, soñador rebelde, París 2004, Stock; Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista, París 2011, Las mil y una noches (nueva edición ampliada: París 2020, Le temps des cerises); la jaula de acero: Max Weber y el marxismo weberiano, París 2013, Stock; Afinidades revolucionarias: Nuestras estrellas rojas y negras (en colaboración con Olivier Besancenot), París 2014, Las mil y una noches; le Sacré fictif - Sociología y religión: enfoques literarios, París 2017, Éditions de l'Élat (con Erwan Dianteill); Rosa Luxemburg, la chispa incendiaria, París 2018, Le temps des cerises; La lucha de los dioses: cristianismo y política de liberación en América Latina, París 2019, Van Dieren Editor.